

COLABORACIONES ESPECIALES

de Natalio Rivas, Eduardo Comin Colomer, Enrique de Ortiz Calvete, Ignacio Martel de Vinierra, Federico C. Salnz de Robles, Luis Martín G. Martos, Angel Sevillano, Oscar Pérez Solís, Emilio F. de Asensio, Juan Pedro Luna, Mariano Rodríguez de Rivas, José M. Martínez Val, Juan Antonio de Zunzunegui, Martín Domínguez, Luis Antonio de Vega, Rafael Manzano, Ricardo Munaiz y Antonio Valencia.

LA MUERTE DE CANOVAS

Por NATALIO RIVAS
De la Real Academia de la Historia.

El asesinato de Cánovas, consumado hace cuarenta y seis años, aunarse en ningún caso podría olvidarse por la importancia del hecho, y particularmente no puedo borrarlo de mi memoria, porque me hallaba ese día en el balneario de Alzola, distante cinco kilómetros del de Santa Agueda, y pude recibir la primera impresión del doloroso acontecimiento; pero sobre todo porque aquel hombre me había ofrecido prologar un estudio histórico que tenía yo hecho sobre el célebre guerrillero de la guerra de la Independencia D. Juan Fernández Cañas, más conocido por el apodofo de Olivares. Con motivo de aquel asesinato renuncié a publicarlo, y habría quedado inédito si no lo hubiera utilizado, cuarenta y tres años después, como tema de mi discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia.

El mismo día, mejor dicho, a las pocas horas, tuvimos noticias minuciosas del atentado y de sus antecedentes, bien extraños por cierto.

Llegó Cánovas a Santa Agueda a hacer su acostumbrada cura de agua, en compañía de su esposa, hacia el 15 de julio.

El día 22 del mismo mes se trasladó el matrimonio a San Sebastián para que el Presidente pudiera conferenciar con Su Majestad la Reina Regente.

Angiolillo, que ya por lo visto venía acechando la mejor oportunidad para dar el golpe de mano, debió intentar realizarlo en el Hotel de Londres, donde se hospedaba Cánovas en la ciudad donostiarra. Este, al regresar una tarde a última hora a su posada, se acomodó en un pequeño gabinete inmediato a sus habitaciones, buscando en la oscuridad reposo a su fatigada vista. Se hallaba completamente solo, y de pronto sintió que abrían la puerta que daba acceso al lugar donde se encontraba, e instintivamente, con voz robusta y enérgica, dijo: «¿Quién va?». Quien intentaba entrar debió retroceder, porque nadie contestó y la puerta volvió a quedar cerrada.

Sin saber por qué, aquel incidente, al parecer sin importancia, le produjo cierta inquietud, que comunicó a su mujer, que llegó al poco rato de la calle. A ella le impresionó mucho, porque precisamente venía alarmada de lo que acababa de presenciar momentos antes en una librería próxima al hotel. Contó que estando ella conversando con la librera, llegó un hombre cuyo semblante y actitud mostraban gran azoramiento y preguntó en francés a la dueña del establecimiento, que era francesa, si le podía dar noticia de un señor cuyo nombre dijo y que decía residir en la ciudad. La librera le dijo que no conocía tal persona, y como notara mayor inquietud en el intruso, le preguntó, en tono que denotaba querer terminar el diálogo, qué era, en suma, lo que quería. «Un socorro», dijo, algo tembloroso, el visitante, y la señora se lo otorgó para que se marchara.

Después de irse tan raro sujeto, ambas comentaron el episodio, coincidiendo en que había motivos para sospechar de aquel hombre. Y las dos acertaron, porque era nada menos que Angiolillo. La esposa de Cánovas lo reconoció perfectamente cuando acababa de asesinar a su marido.

¿Por qué no consumó el delito en el hotel? Seguramente porque temió que si acometía a Cánovas y éste gritaba, corría el peligro de ser capturado sin llevar a cabo su criminal proyecto. Y la confusión que se apoderó de él al entrar en la librería es evidente que fue ocasionada por la sorpresa de hallarse frente a frente, cuando no lo esperaba, con la esposa de quien quería asesinar.

Regresó el matrimonio Cánovas a Santa Agueda en los primeros días de agosto, y según los datos adquiridos, Angiolillo, que había estado en el balneario algún día antes del viaje a San Sebastián, volvió, tenaz en su propósito de rematar sus siniestros deseos.

¿Cómo tuvo lugar el crimen? Veamos cómo lo describió el entonces ministro

(Sigue en la página 13.)

LA GUERRA RUSSOJAPONESA SERA UN HECHO INEVITABLE

AMBAS POTENCIAS TIENEN LOS MISMOS INTERESES SOBRE ASIA

La campaña ha de ser eminentemente terrestre y gravitará sobre la línea del Transiberiano EL RESULTADO INFLUIRA SENSIBLEMENTE EN EUROPA

La vida—dijo Séneca—es como una escuela de gladiadores, un continuo convivir y pelear. Las relaciones entre los pueblos, de manera especial entre aquellos que la Naturaleza ha querido unir sin conseguirlo más que geográficamente, los pueblos vecinos están determinados por la ley del gran filósofo español: convivencia y lucha. Y a mayor abundamiento, Nietzsche proclama que la Historia está constituida por períodos rígidos que se repiten incesantemente, y, por tanto, aquello que sucedió no ha de volver, inexorablemente, a suceder.

Esta es la base de nuestro raciocinio,

que terminamos con la siguiente conclusión: la guerra rusojaponesa es un hecho que fatalmente ha de producirse; al terminar el actual período de convivencia empezará el de lucha, y ésta será de un encarnizamiento tal que deparará empujones a lo que presenció el florecer de nuestro siglo.

El Japón y la U. R. S. S. se encuentran ahora en lo que podríamos llamar parte primera del ciclo: situación de convivencia. De momento no puede existir otra.

La primera nación, el Imperio del Sol Naciente, ha de mirar hacia el Sur, donde se encuentran los extensos y riquísi-

mos territorios que el primer año de su guerra ha venido a engarzar en la corona imperial. Antes de continuar las acciones bélicas a que le obligarán sus afanes por la Gran Asia, ha de revalorizar la riqueza conquistada y engranar en la máquina de guerra el esfuerzo de su nuevo imperio. Mientras tanto, su guerra ha de ser defensiva en el Sur, procurando mantener lo que damos en llamar línea Yamamoto, la que el Almirante Jefe Supremo de la Marina nipona ha trazado con las quillas de sus navíos de batalla y el «liban» de sus aviadores; en el Oeste, continuado la batalla de desgaste material y moral contra la China de Tchiang-Kais-Chek; y en el Norte, haciendo uso de la «sonrisa japonesa», máximo exponente de la diplomacia de los súbditos del Temo, aunque, al parecer, el hombre que representa esta diplomacia, Sato, no sonríe jamás.

El Japón es el primer pueblo pescador del mundo; de los 2.700.000 pescadores de nuestro planeta, 1.894.000 son súbditos japoneses; también es el primer consumidor—20,9 kilogramos por año y cabeza contra 7,0 de los EE. UU.—Por ello, a pesar de que sus 52.000 kilómetros de costa (incluidas Formosa, Corea, etcétera) le ofrecen abundantísimas zonas de pesca, necesita de las riquísimas pesquerías de Karafuto (Sakalin en japonés), isla que, como se sabe, comparte con la U. R. S. S., y ésa es la razón de que, mientras no esté preparada para una guerra relámpago que aleje al futuro enemigo de las zonas donde pudiera perturbar las actividades pesqueras en brevísimo espacio de tiempo, Japón haya de optar por la convivencia (trazó, entre otras, cuya exposición nos haría apartarnos del camino trazado).

Por su lado, la U. R. S. S. tiene bastante con el ataque formidable de los ejércitos del Eje en su Oeste para pensar en meterse en aventuras orientales, y así hace caso omiso a las continuas presiones de sus aliados.

Consecuencia de esta situación fué la gran sorpresa: cuando el mundo esperaba la segunda guerra rusojaponesa, ocurrió algo muy distinto: la firma de un tratado de no agresión (abril de 1941), que hacía desaparecer, de momento, toda posibilidad de conflicto entre ambas naciones. Este pacto marcó el principio oficial del período de convivencia. ¿Cuánto durará éste? Depende de tan múltiples factores que es imposible predecir cuándo se iniciará el de lucha; pero, en cambio, no es muy difícil asegurar que la guerra rusojaponesa se producirá y que sus escenarios serán las tierras siberianas de la Mongolia exterior y la Siberia oriental.

La rivalidad entre las dos potencias asiáticas, mayor quizá que la existente entre el Japón y los EE. UU., es una rivalidad de ideas y de afanes imperialistas. El origen de ella es precisamente la identidad de los intereses y ambiciones de ambas en la Eurasia oriental (dominio espiritual y material); pero, además, esta rivalidad está aún más agudizada por el hecho de que la presencia de cualquiera de ellos en esos territorios es como un puñal que apunta al corazón de la otra.

Cuando en 1851, un grupo de cosacos del Don, llegados a un afluente del Obi, se apoderó de Siberia, de donde tomó su



nombre la tierra que separa a Asia de los mares glaciares, no había en ellos otras aspiraciones que realizar uno de los sueños de Rusia: la salida al Pacífico. El logro de esos objetivos fué la fundación del puerto de Okhotsk. Más tarde, la Siberia fué el «camino de la piel»: el siglo XVI vió los bosques siberianos poblarse de cazadores de pieles,

que llegaron hasta las Aleutianas, y siguiendo rutas marítimas alcanzaron Alaska, que quedó con ello incorporada al Imperio Zarista. En 1860 la perla del Este (protege al Oriente), Wladivostok, fué coronada por la bandera del Zar y con ella la política de Catalina II: renuncia de posesiones difícilmente de

(Sigue en la página 12.)

EL ROSELLON

FUE ESPAÑOL EN LA EPOCA VISIGOTICA HISTORIA DE UN CONDADO Y RECTIFICACION DE UN ERROR HISTORICO

Parados en la altura y un encanto dorado de playas junto al mar. Esto es la comarca rosellonesa. Limitada al Norte, en tierra y horizonte, por las montañas Corberas, tantos siglos frontera natural de España; al Este por el condado

mana y visigótica. A su paso, los sarracenos no dejaron otra huella que la desolación y la ruina. Guarda la tradición hoy su memoria en relatos sangrantes, persistentes, a pesar de los pocos años que duró su pasajera ocupación. También la comarca de-

golfo de Rosas. Vuelve esta ciudad en nuestros días a la luz de una reinvención arqueológica al ser descubierta bajo la arena caliente de las dunas.

Un sucesor de Gaucemio, el conde Gauzberto, trasladó la capital a Castellón de Ampurias, pretendiendo protegerla de la piratería muy extendida entonces. A lo largo de la costa quedaban todavía numerosas torres desde las que se defendían y refugiaban los habitantes próximos al mar de los desembarcos frecuentes. En la época de Suario II, el Rosellón y Ampurias se independizaron del yugo franco con total y absoluta soberanía, siendo regidos por condes, continuados en sucesión hereditaria. A partir de este momento, dejó de formar una Marca para constituir un Estado independiente, ya que la Marca, como organización territorial y militar francesa, había perdido su razón de existir.

La historia de este condado acusa, desde su inicio, una personalidad decidida y vigorosa, empeñada en conseguir, primeramente, su independencia, y decidida después a consolidarla eficazmente.

Apenas lograda la independencia del Rosellón y Ampurias, constituidos éstos en Estados y bajo la dirección del conde Suario II, comienzan las grandes empresas mediterráneas.

Fuó este conde, precisamente, ejecutor de la primera, en el año 801 y durante el asedio puesto por los moros de Granada a la ciudad de Pexina, en el litoral almeriense.

En el momento en que la lucha era más encarnizada, apareció la escuadra amporitano-rosellonesa, que en golpe de superioridad y audacia aboró la costa, quemando navíos y, como una crónica registra, «extendiendo la algarada por los contornos». Una rotunda victoria resultó este primer empresa mediterránea; mas a pesar de ello, treceas mediterráneas que hicieron posible un arreglo tras el cual la escuadra regresó a su base. Conveniente es señalar que esta

(Sigue en la página 13.)



de Cerdeña, que la abraza con sus macizos en roqueño cerco, dominándola con la altura de sus picos, que, al descender, se unen en el Sur con el Vallespr y la montaña Albera, que es, en definitiva, la que deslinda al Rosellón del Ampurdán; sobre toda la comarca tiembla, en una teoría de nombres evocadores, la leyenda parada en siglos y hoy vitalizada por los cantares campesinos. El Rosellón fué español en la época ro-

pendió de los francos en esa centuria en que entre lo histórico y lo legendario aparece el conde Gaucemio, que hubo de gobernar al mismo tiempo Rosellón y Ampurias, los cuales, unidos bajo un mismo mando, formaron una Marca completamente diferente de la Marca Hispánica.

Capital de ésta fué Ampurias, la antigua Emporium, fundada por los griegos focenses y situada en el extremo meridional del

CANOVAS RESTAURADOR Y MASON

Puntos oscuros y fondo misterioso A los cuarenta y seis años de su muerte

Desde que el 8 de agosto de 1897 el anarquista Miguel Angiolillo fué detenido por un teniente de la Guardia Civil, cuya intervención evitó que una tercera bala desgarrara un cuerpo de donde huía ya la vida a consecuencia de dos disparos precedentes, hasta el 20 de los mismos mes y año, en que por garrote vió pagó su tributo a la Justicia, solamente con una frase, lacónica y oscura, pretendió el que en principio dijo llamarse Emilio Raldí, justificar su acción asesina en la persona del Jefe del Gobierno, veraneante del Balneario de Santa Agueda.

Su gesto de vengar a los «hermanos de Montjuich», al par que contribuía a fomentar la aureola trágica que se cerró tenebrosa sobre la fortaleza barcelonesa, extendida, acerca del criminal y sus reivindicados, una leyenda romancesca y quijotesca que culminaría años después con la elevación de una estatua al «mártir del pensamiento», en Bruselas, glorificando en efigie la figura de un anarquista español: Francisco Ferrer Guardia.

Es indudable que la acción anarquista había alcanzado ya en aquellos tiempos una característica de violencia inusitada y desconocida en otros sectores políticos, que tal vez convertían a aquellos idealistas descarrillados en instrumentos de sus fines: entre 1885 y 1902, etapa de la Regencia de Doña María Cristina, figuran páginas de luto escrita por los partidarios de la Acracia.

¿Cómo pudo ser que para asesinar a Cánovas, tuviera que surgir la figura de un ácrata extranjero?

A los que así pensaron o se contentaron con tan convencional explicación tendremos que decirles que desconocieron la psicología del anarquista español, que además de creerse siempre suficiente para todo, no temió nunca a la impopularidad que a su ideología pudiera alcanzar por la ejecución de un hecho de violencia.

No obstante, parece que hubo alguien que pretendió levantar el velo que ocultaba al conocimiento general la realización del caso; mas nadie insistió, y aquellas apreciaciones que quizá parecieron exageradas o producto de una mentalidad exaltada o amiga en demasía de las cosas españolas, cayeron pronto en el olvido.

Y sin embargo, los motivos misteriosos no han sido desvanecidos por los cuarenta y seis años que hasta el día transcurrieran, porque de otro modo hubiera sido necesario que una mano suprema hiciera desaparecer los recuerdos, las anécdotas, las incertidumbres históricas, en suma, hasta evitar la realidad abrumadora de lo consumado...

La situación política en los últimos tiempos de Cánovas fué de constante tormenta; no en vano se jugaban intereses muy contrapuestos dentro de la misma nación y fuera de ella, pues el problema de Cuba constituía la muela al uso, propiciatoria para toda clase de zancadillas y maquinaciones de la que es clásico el procedimiento demagógico. Además, entonces, por una extraña circunstancia, pero que tenía su origen en la necesidad de «ofrecer diversiones salidas a los problemas españoles», las figuras políticas más destacadas respondían en todo momento a torvos designios masónicos, buscando como soluciones al caso que tenía que provocarse, la situación que fuera más favorable a los supremos intereses de



la secta, entonces perfectamente definidos: la independencia de los restos de nuestro Imperio colonial.

Ya cuando la muerte de Don Alfonso XII (25 de noviembre 1885), entre los principales hombres públicos surgió el temor de que el Carlismo, aprovechando la circunstancia del fallecimiento del monarca, tratara de ganar voluntades para su causa. Plenos de egoísmos, aquellas figuras liberales de la política española no demostraron mucho interés en procurarse una defensa ante los posibles acontecimientos, demostrando que todas sus

(Sigue en la página 13.)

SCHULTEN VISITA ESPAÑA

Cómo descubrió a Numancia

A No tras año, por el invierno, viene Adolf Schulten a España, tanto para continuar sus estudios como para gozar de nuestro cielo y de nuestro sol. Recorre, por lo general, toda la costa mediterránea, desde Ampurias hasta Cádiz. Gusta del aire libre, y a ello debe el tono encendido de su rostro y cabeza, pues, como hombre del Norte, no puede Schulten contemplarse tostado, moreno. Desde fines del año 1942 hasta abril del año en curso, verificó el arqueólogo alemán su tradicional peregrinación por nuestras costas levantinas. Estuvo, especialmente, en Barcelona, Alicante y Tarragona. En esa hermosa población romana, a la que Schulten dedicó una de sus interesantes monografías, le conoció. Fue presentado al final de una conferencia sobre prehistoria tarraconense que se dió en el local de la Real Sociedad Arqueológica. Luego le visité re-

petidas veces en su hotel, de seis y media a ocho de la noche, exactamente. El hombre alemán venera la disciplina cronométrica, y yo procuraba no contrariar en eso a Schulten, para no dar un caso más en apoyo de la archaibada y tópica falta de puntualidad de los españoles. Una vez retrásé cinco minutos, y Schulten me hizo notar amablemente la falta por medio de sus dos magníficos relojes de oro que, para mayor seguridad y exactitud, lleva siempre consigo. Recibíame como un amigo, vestido con americana de pijama y pantalón de calle. En su mesa de trabajo fulguraban varias hermosas naranjas, a modo de papapeles, sobre unas cuartillas, o como motivo ornamental, encima de algunos libros.

Le anuncié mis propósitos de someterle a un amplio cuestionario, que publicaría EL ESPAÑOL.

(Sigue en la página 12.)



Poetas catalanes

De la infancia

El recuerdo que prefiero de la dulce madre mía, es el de noches de invierno en que en su halda me dormía.

La alcoba estaba en reposo; tan grande, que espavoría; sólo frente a un Santo Cristo una lámpara lucía.

Que manaba por sus pies la sangre, me parecía. La luz del Cristo, más alta, en la sombra se perdía.

Fuera, el ladrón del perro, la sumaza respondía, y el «mal cazador» o el viento— las ventanas rebatía.

Mi madre, de un libro antiguo las páginas releía, y murmuraba oraciones, o qué sé yo qué decía.

Sólo sé que mi cabeza a veces se revolvió, viendo, al girar de las hojas, a un santo, o santa, que huía.

¡Cómo, a aquel punto, los párpados, por vencer el sueño, abrí! Mas pasaba uno enojado; al otro, llorando vía.

Después, uno amenazante; otro, que riendo huía... Quien siempre me miró tierna, era la Virgen María.

Fuera, tarde, lentamente, todo rumor se perdía; sólo el roer de una carcoma en la jácena se oía.

¡Qué fuertemente cerraba los ojos si suponía que se acercase el gigante que sólo uno tenía!

Y no sé si es que lloraba, o si es que me estremecía, que me besaba mi madre y en sus brazos me oprimía.

En su pecho mi cabeza, ¡cuánto calor me acogía! Y al vivír de sus respiros, ¡Jesús, cómo me dormía!

ANGEL GUIMERA

Desolación

Sólo el tizón de un árbol soy, a cuyo desmayo verde, otrora durmieron segadores su siesta. El bóreas, rama a rama, fue humillando mi cresta, y en dos, de cielo a tierra, partió mi tronco un rayo.

Visten enclenques hojas de minúsculo mayo el yermo y agrietado armarzón que me resta; mi leña he visto arder; cual fogaril de fiesta, al cielo lo mejor de mi rindió su ensayo.

El dolor de vivir empapa ahora mi antigua raíz, y brotan hojas—que inútil savia exalta—, y en retrasar se acucia lo que tanto pedí.

Cada herida la pérdida de una rama atestigüa. Sin mí, nada hablaría de la mitad que falta; vivo para llorar lo que ha muerto de mí.

JUAN ALCOVER

San Francisco se moría

La vega de Vich diz que está florida desde San Francisco el amor prodica. Amor de Jesús; amor de María. Tan dulces amores el alma le herían. Del pueblo saliendo al bosque, suspira.

«Mi Dios y mi todo», para aquel que os viva, «mi Dios y mi todo», ¡qué dulce es la vida! ¡Más dulce es la vida! ¡Más dulce es la muerte, si de amor moría! A cada palabra, aves respondían: —¡Ay, dulces amores; ay, flor sin espina!— Rogando, rogando, ya desfallecía: parecían arcángel que a Dios volvería. Lo encuentra un pastor bajo de una encina; llevaba una jarra; de ella le convidó.

JACINTO VERDAGUER

El pino de Formentor

¡Yo quiero a un árbol! Fuerte, que aun al roble supera; en verdor, al naranjo, y al olivo, en vivir. Conserva de sus hojas la eterna primavera, y lucha con los vientos, que azotan la ribera, cual ciclope al reñir.

No advierte entre sus hojas la flor enamorada, ni marcha el arroyuelo sus sombras a besar; mas Dios ungió de aromas su testa consagrada y le otorgó por trono la costa acantilada; por fuente, el amplio mar.

Cuando en las olas, lejos, nace la luz divina, no gorjea en sus ramas el ave del placer: oye el sublime grito del águila marina, o, al ascender los buitres, la copa se le inclina, de un ala al remover.

De fango de la tierra su vida no sustenta; vincula sus raíces por la Peña en alcor. Lluvias y soles sufren y vientos, y tormenta; y, cual viejo profeta, vive sólo y alienta de celestial amor.

¡Sublime árbol! Del genio clara imagen, anhelos de montes e infinito bastan a su pasión; dura es para él la tierra, pero besan los cielos, que él ama, su ramaje; y acoge rayo o hielos cual gloria y diversión.

¡Oh, sí!: que, cuando brama el huracán salvaje y entre espumas parece hundirse su sitio, entonces, rie y canta, más cruel que el oleaje, y, vencedor, sacude por sobre el gris celaje su cabellera real.

Arbol, te envidia mi alma. Sobre la tierra impura, como reliquia santa tu imagen guardaré. Luchar y vencer siempre, reinar sobre la altura, y siempre alimentarse de cielo y de luz pura... ¡Oh vida, oh noble fe!

¡Arriba, potente ánima! Busca inasible risco que flote entre las brumas, cual árbol de peñón. Verás caer a tus plantas al mar del mundo, arisco y sereno tu canto, que cruzará el venticoso cual ave de turbión.

MIGUEL COSTA Y LLOBERA

La sardana

I

La sardana es la danza más bella de todas las danzas que se hacen y harán; es el móvil anillo que sella la tierra, despacio, con metro y con plan. Ya se inclina a la izquierda, y vacila, y hacia la derecha sus círculos van; o ya torna y retorna intranquila, cual, mal orientada, la aguja de imán. Fijase un punto y se para, como ella... Del contrapunto, después, tras la huella todos girarán.

La sardana es la danza más bella de todas las danzas que se hacen y harán.

II

Cual guerreros, los hombres su estría trazan, como nunca las mozas podrán; mas, devotos de una alta armonía, pasos y compases cuentan con afán. Los creérais ministros de un culto que, en mística danza, vienen y se van, penetrados del símbolo oculto del ruedo en que todos hermanos serán. Si el contrapunto su rítmica estrella, para el concurso, en su réplica, aquélla... Si juntos están,

la sardana es la danza más bella de todas las danzas que se hacen y harán.

III

¿Quién el vértice supo, cuál era, que así de él los bordes equidistarán? ¿Quién vació, con venganza severa, la niña de este único ojo de titán? Quizá, un tiempo, en el centro juntaban sus pródigas haces, promesas de pan, segadores; y, así, le ofrendaban a Ceres fecunda su ingenuo desmán... Del contrapunto la vaga querella finge la nota que, en viva centella, aves cantarán:

la sardana es la danza más bella de todas las danzas que se hacen y harán.

IV

No es el baile lascivo, embustero, en que, no hermanándose, se emparejarán; ésta es danza para un pueblo entero: en amor y en ruta las manos se dan. Si, por fin, el collar se desliga, muy cerca sus piedras de él se esparcirán; cada mano, dejando a la amiga, júrnanse, recíprocas, que regresarán. ¡Regresará cada una a su huella! Y, cuando quepa mi patria en la estrella, los pueblos dirán:

la sardana es la danza más bella de todas las danzas que se hacen y harán.

JUAN MARAGALL

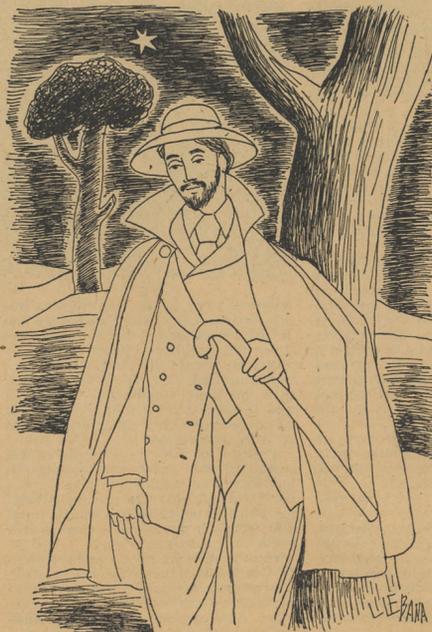
A mis veintiún años

Si; llevado ya todo. También este minúsculo ruido insoportable de corazón vacío que canta bajo el soplo profundo de las horas con la enorme nostalgia de un camino entreabierto o un árbol que se duerme bajo el pavor del ciema demasiado entrañable.

Si yo pudiera ser el que viene de lejos, el que vuelve a través de un laberinto de años, tal vez conseguiría retornar a mis siemas la oscura sazón de un amor impensado, para inundar de olvido ese llanto invisible que tñe los cipreses, envolviendo mis manos en yedra desolada.

Mientras busco el afán, el alba desfallece, la montaña prohíbe sus paisajes más claros y la mujer se viste con un velo de niebla; pero nada consigue derribar esta dura muralla de silencio, terrible como un sueño que escapa a sus contornos. Y tengo que explicar de nuevo mi tristeza con palabras vestidas de rosa disecada, hasta encontrar el lento delirio apasionado que al fin convierta en piedra las lágrimas posibles.

A veces, cuando al margen de nombres y colores un minuto podía tener la misma hondura que un desmayo de siglos, surgían como un canto de plumas olvidadas las mismas inquietudes que hoy gimen en el viento con el turbio lamento de una caricia rota. Entonces cada sombra buscaba sus perfiles. Batían en los ojos de pupilas calientes mariposas sedantes como un extremo de ala y la espina era casi tan dulce como un párpado que en su penumbra escondía una tarde de lluvia. En cada cabellera perfumada de cisnes sonaban las pasiones con suavidad de lirio. Yo pensé que en mi otoño cobijaba una estrella capaz de descubrir el pájaro indeciso que prestaba al dolor un poco de su gracia, destrozando la tierna mentira de los ángeles; que nunca se sabría el tiempo transcurrido entre el débil reflejo del agua en las orillas y el huracán ladrando por los valles más quietos.



Hay que hallar otra vez esa flauta que suena por los mismos senderos del gozo desvelado, esa voz que naciera en mi sombra extraviada como una melodía de azules encendidos en busca de un remanso donde ignorar su pena.

Bien sé que de mi pulso no ha nacido aún el grito que pueda levantar las aguas destempladas en un latir de ríos que acompañen mi angustia; ni el corazón que habría de romper sus fronteras poblando una inocente geografía de sueños.

Pero en tanto maduran los mínimos despojos de ese clamor que quiere renacer en mi sangre, espero que me llegue la ternura de aquellos que a cada paso esperan encontrar una estrella abierta hacia lo nuevo.

FRANCISCO JOSÉ MAYANS

En una mañana de julio

He ordenado tus siemas en el sol y en la espiga, en el gozo del árbol, en el fuego y el frío; he ordenado tu gracia sobre el aire del río, y te llevo en las manos como una carne amiga.

Te siento penetrada de amor hasta las venas, imposible en la roca de ceniza segura, y en el orden del agua te adivino madura de pájaros y lino, de chopos y colmenas.

Ángel de mi alabanza de Dios, sobre la huella de tu mirada el tiempo se detiene conmigo a esperar la delicia generosa del trigo que vierte sobre el haza peñados de doncella.

La tierra reconoce la levedad airosa de tu sangre en mi sangre, de tu paso en mi paso. ¿Quién de los dos supone ser la rosa o el vaso



y quién recoge el tacto de cisne de la rosa?

Te presento en los dedos solemne y otorgada, surco mi pensamiento, tus ojos la semilla, apoyada tu mano de litúrgica arcilla en la voz que en el aire se queda acostumbrada.

Ante ti no me queda lugar para la muerte, aire donde partirme mi volumen exacto, tierra donde encontrarme bajo la tierra intacto, porque el sol se me ha ido de verte y de no verte.

Sin norma, sin silencio, te buscaré mañana en la raíz más dura de mi vena más tierna. Eterna en el pasado, para el futuro eterna, serás, celestialmente, celestialmente humana.

Juntos sobre la muerte beberemos la espiga hasta acabar los campos, nuestra sangre y el trigo. Hoy síguese en silencio; tráete al abaco contigo, que te llevo en las manos como una carne amiga.

FERNANDO GUTIERREZ

Eugenia

Me he encontrado esta tarde con Eugenia —la que espera del mundo un paraíso—: nieve y perfume, igual que una gardenia; pupila azul, como mar indeciso.

Entre almohadones, así en hornacina, encógese, y sonríe dulcemente. Lleva un jersey color de mandarina y las medias de perla transparente.

Hemos hablado, al comenzar, de cosas ni indiferentes ni trascendentales, puntualizando las primeras rosas y algunos quid-pro-quos sentimentales.

Y la palabra se ha enfriado; y poca más, al mirarnos, hemos añadido... Húmeda parecía su gran boca, y su cuello de nieve algo encendido.

Entonces, yo —a la ola de tibieza que me invadía, el corazón reacio— vencí de su mirada la fijeza y, sin titubear, hablé, despacio:

—Oyeme, Eugenia: en el embuste informe tras el que ni razón ni amor consentes, ¿esperas que tu vida se conforme a abrir la boca y enseñar los dientes?

¿La sombra a quien ser fiel aún tu linterna, vigilante, en la noche no descubre? ¿Te estipuló algún dios belleza eterna? ¿No arrugará tu piel ningún octubre?

Tú, si hasta al bucy agita en su pesebre de la sangre el misterio, ¿has de cludirlo? ¿O no eres más que presa de orfebre, exactitud en plumas, garza, mirlo?

Y si tu cuerpo, a voz de primavera, es de sí en cualquier lecho dadivoso, Eugenia, ¿sabes bien lo que te espera, y en qué camino encontrarás reposo?

Tú, toda aurora y de ella misma pauta, ¿podrás sufrir sobre tu sueño inquieto el beso torpe y la caricia incauta de un marido a quien odies en secreto?

¿Sabes la muerte, y la noche infinita, la hora voraz, la carta del pecado, el llanto incomprendido, la hosca cita, la blanca sien y el cuerpo abandonado?

Y Eugenia, mientras, en silencio desarma un monte de almohadones, sin que hueste el gesto... Sólo un instante se alarma: los párpados entorna, y aún sonríe.

JOSÉ MARÍA DE SAGARRA



de ayer y de hoy



La nostalgia de mañana

Ahora que estoy en cama,
enfermo,
siento una alegre paz.
Me pondré en pie mañana,
quizá,
y he aquí lo que me espera:

Unas plazas de luz, sin remisión,
y unas bardas en flor
bajo el sol,
bajo la luna trémula;
y la chica que trae la leche,
con su delantallito
y su cabeza leve.
(Adivino las vueltas de encaje de bolillos,
y la risa, tan fresca.)

Y, aún, aquel rapaz que vocea el diario,
y que trepa al tranvía,
y lo baja
corriendo.

Y el cartero,
que si no trae carta de desazón me llena,
porque no sé el secreto
de las otras que lleva.

También el aeroplano:
me hace mirar al cielo
como si me llamase una voz de un terrado.

Y las amas de casa,
madrugadoras,
que hacia el mercado llevan los exámenes
cestos de color ocre,
y vuelven

desbordantes de coles,
y alguna vez de carne,
y en otro las rojas cerezas.

Y el tendero después,
que saca el tostadero de café
y empieza a hacer girar la manivela;
y que grita a las chicas:
—¿Qué? ¿Ya tenéis de todo?
Y las chicas sonríen
con su sonrisa clara,
que es el vaho que sale de la esfera que él gira.

Y todos los chiquillos de mi barrio,
en el escándalo de cada jueves,
con fiesta en el colegio.

Y los caballos sabios,
cuyos carreros duermen
bajo el gótico toldo
que por cada adoquín se bambolea.

Y el vino, que hace tanto que no bebo.

Y el pan,
sobre la mesa.
Y la rubia escudilla,
que humea.

Y vosotros,
amigos,
porque vendréis a verme,
a mirarnos felices.

Todo esto bien me espera,
si mañana
me puedo levantar.

Si no he de levantarme
nunca más,
he aquí lo que me espera:

Os quedaréis a ver
lo que es tan bueno siempre:
y la Vida,
y la Muerte.

J. SALVAT-PAPASSEIT

Sueño primero

DE CÓMO GERARDO DE LIOST TORNA HIPOTÉTICAMENTE A LAS ANGIUSTIAS DEL PARTO Y SUCESIVAS SECUELAS

Me he convertido en un débil niño de pecho.
Estoy empaquetado por el fujal estrecho.
Los bordados del gorro que cubre mis orejas
me irritan, con su roce constante, las dos cejas.
Mi reciente bautizo trae el recuerdo atroz
de la pesada capa, del bordado albornoz...
Hoy rememoro sólo la quieta luz del cirio
de la madrina, pálida cual pistilo de lirio;
y tengo la impresión de que soy un Gerardo
por culpa del abuelo paterno. Bajo el guardo
del templo—lo sentía antigua, inmensa cueva—,
yo era como una gota de cal, apenas nueva.
Cuando me ahoga la rigida estrechez de la cuna,
contemplo la flotante niebla del cuarto. Alguna
vez, mentalmente, al ansia de mi parto regreso,
y me hago blando como un diminuto queso,
ante la visión. ¡Nunca creyera de tal fío,
tal afán, el trabajo de echar al mundo un erio!
Pero el propio es aún peor. Del vaho que atasca
la remejida leche, me acontece una basca.
Al mirar la jofaina, la esponja y el alcohol,
la comadrona..., tiemblo como poltuelo al sol,



Y juraría que, en las golfas, ratones
de cloaca juegan con los grandes zapatoños
de mi tatarabuela, y roen febrilmente.
(Mientras, chisporrotea la fogata naciente.)
Y, dentro de la cámara, danzan las sombras bobas,
arrastrando tras ellas un cortejo de escobas,
y las mesas, y las vajillas... Y el palmón,
larguísimo, golpea los hierros del balcón.
(Si, al menos, los relojes me dieran compañía,
cantándome con su discreta melodía
las canciones de cuna...) Y, aun lejos, se concreta
la vida que me aguarda. Fatídica silueta,
como de turbada. Me esperan tres caídas
del lecho, y las etapas—en parte ya advenidas—
de cuatro amas, más tres interinos cuidados;
después, doce amas secas y otros tantos soldados;
las herpes—de dos clases—, la rosa, la viruela;
los letuvarios, hechos en una gran cazuela;
las unturas y emplastos en la rabada, luego,
y en el vientre más de un pelamen de borrego;
y el babear constante, y las eternas sopas,
y aquel oírme siempre el «Gerardo, que topas!»;
y aquel peñe de cuerno de crueles envites,
y aquellos zapatoños de lana, y los confitos
dosificados con monótona prudencia;
y aquel buscar unánime en toda la ascendencia
mis rasgos fisonómicos, y aquel arduo trastorno
de alguna papa que no dio la madre al horno.
Sufriré las endémicas loas de camarilla,
dejando que me llamen la Munda y la Petrilla
errey de la casa y otros motes sentimentales.
Sólo pensándolo—¡ay!—, me vienen tantos males
no descritos aún... ¡Oh, sé tú a mi congoja
propicio, Angel tutelar! ¡Desahz la paradoja
de ser chico por fuera y tan viejo por dentro!
¿Qué oigo? Al son de violines, habla el Angel, del centro
de una cohorte angélica de aladas caramellas:
«¡Oh tú, Gerardo! Antes perderán las estrellas
la armonía del éter primitivo, su toldo;
antes sobre los mares derriará el resoldo
de un continente, a flote como sargácea masa,
que tú vuelvas a ser niño. La vida pasa,
sin retroceder nunca. Torna, pues, a tu guardo,
que no eres más que un cierto caballero Gerardo,
casado de tiempo ha, celebrado poeta,
y micer honorario, que empuña la escopeta
alegremente, y aun caza algún pajarrico;
que es pobre de dineros y de proyectos rico;
que al sol con sus amigos pasea, alborozado;
que cree ser un niño, sólo porque ha soñado...»

GUERAU DE LIOST

Doncella

Doncella: el porvenir ronda tus pechos,
la frágil forma de tu torso breve.
Pronto la áspera piel manará nieve;
tendrá tu pierna sal, tu espalda acechos.

Cántaros del amor te darán cita
de amplio camino a fuente deleitosa
y olor será el amor como de rosa,
que allí se da donde mejor se quita.

Saca el alma del cuerpo. No lo roces:
vete con ella. ¡Angélicos asuntos
te harían de la muerte una posada!

Si estás en tí, ¿qué harás de aquellas voces,
de aquella trama de silencios juntos
que dieron con las nadadas en mi nada?

FÉLIX ROS

Sin amada y sin amigo

Sin amada y sin amigo,
queda oculta la alegría.
Si la diré, si la digo,
¿qué vida no la oíría?

He aquí una encina dura:
¿si le diré mi lamento?
Lo empiezo con voz oscura.
Ella escucha sólo al viento.

Tomó al perro, de aire fiel:
¿si le diré la elegía?
A los pies se me dormía;
no quiere ser más que fiel.

El agua alta del torrente
pasa, huye. ¿Si me escuchaba?
Mi voz muere en la voz brava
del chorro resplandeciente.

Solo estoy; solo la digo.
Busco inquieto la palabra.
Basia con que mi canción se abra:
«sin amada y sin amigo».

JOAQUIN FOLGUERA

Nostalgia marinera

Mi Borinquen, antillano
portento, dulzura isleña,
cactus, loros, aguacates
y abanicos de palmeras.

El tiempo se vuelve atrás
en añoranzas angélicas,
la humareda de mi pipa
se torna ruta de estrellas.

Ya te aprisiona mi mano,
isla al sol, isla goleta,
desarbolada de nubes
y con anclas de sirenas.

¡Cómo surges de la mar,
ay, mulata marinera;
altas olas en los pechos,
mar picada en las caderas!

Tiene oro en tí, del sol
que ha molido la marea,
y sobre los negros muslos
tatuajes de rubia arena.

Avienta de nuevo en risas
tu gracia portorriqueña,
y cíñame el dulce arpon
de tu mirada canela...

Nada. Sombras. El pasado
no vuelve. Si el alma sueña,
la nube del horizonte
nube es, aunque finja tierra.

LUIS GARCIA DE VEGUETA

Inalterada en el sollozo

No sé hablarte en el cielo ni en la rosa,
ni revivirte en la posible huella
precipitada hacia la hostil frontera
de esa perenne tarde que no vuelve.

Efímeros, tus pájaros marchitos
aniquilan tu estrella inagotable,
la indefensa tristeza de tus ojos,
y tú te yergues impercedera.

Tu presencia sin flor, sin infinito,
inventa el tacto, fija la existencia,
y al pretender aprisionar tu nombre

—extática y absorta, indiferente—
sobresale hacia el sur, radiante y firme,
sobre el escalofrío del silencio.

MARIA DOLORES ARROYO

Cementerio de Sóller

Como zarza en ventisca amanecida,
en el umbral batiendo de los aires
la eternidad, huído de tu sueño
casi negro, baldío,

ciprés, ciprés, fatiga tus raíces
en esta huerta a que me entrego todo,
donde la muerte fuérame recuerdo
grato entre las acacias.

¡Qué ruidosa es la tarde! Se apacigua
mi yerto molde a flor de tierra, al paso
breve, saltando, de los gorriones
con huella diminuta.

¡Y en la encina, Señor! Si alborotaras
este sosiego en que la sumes, todo
susurro blando entre las hojas, ancho
el palio y tu columna,



¡qué muchedumbre y qué piar innúmeros!
Un tumulto de pájaros celeste,
raudal a ciegas, riego inusitado,
¡oh bandada sin límites!

En torno, prez de boiras y de águilas,
un murallón, impávido, circunda
el reducto de almas inmutable;
geológico plinto

sobre un valle, una aldea, levantado.
La brisa trepadora, la profunda
lengua de can de Dios, polen de muertos
en su luz, gravitante

mengua el bruñido cazo, se remansa
panza de buey, oprime la techumbre.
Debajo están los muertos, con los ojos
vacíos, con las uñas.

IGNACIO AGUSTI

Fragilidades

Noche de invierno estrellada
misterio de la alegría;
la lágrima se descubre
en el pecho de la risa.

¡Oh, fugitiva! Tu—¡adiós!—
sonrisa que se vuelve pensamiento.



III
Y el pensamiento, fundiéndose:
se olvida el nombre del príncipe,
enamorado imposible
de Fior de lis, la durmiente.

IV
Olvido y dulzor: cortesía
del pensamiento no expresado,
Vuelo de ave sobre agua limpia.

V
La plaza, sonora
de sol y una voz de niño.
En el aire, una paloma.

VI
Inmóvil y sin detención,
el sueño, que acerca y separa
a los hombres y a Dios.

VII
Deseo, tú me espantas
de sol y yo te realizo.
Los laureles apagan
el grito de la rosa.

VIII
De la alta luz a mí canta la alondra.
(Llamear del fuego, donde la esperanza es alegre.)
De mí a la luz el grillo habla a la rosa:
—Si la luz eres tú, yo soy su estremecerse.

IX
De voluptuosidad llena,
mejor que en el agua, es
como la luz, desnudándose,
se viste de desnudez.

X
Novia del deseo,
primavera tierna:
al darnos el sí,
te vestías tú
con tu juventud.

XI
Airead, airead, ¡oh ángeles de la guarda!, los sueños,
ampliad a los deportes del éxtasis las pistas.
Disponed con las alas cien cúpulas de fuego,
y que cada paisaje, entre tierras y cielo,
limiten arrodilladas lejanías.

JOSE MARIA LOPEZ PICO

Sombra vacía

Alma—sombra—perdida...
¿Dónde podré encontrarte,
dulce sombra vacía?

Ni sueño ya, ni velo,
ni estoy muerto, ni vivo;
sólo sé que no soy;
que acaso ya ni existo.

¡Condenado a mirarme
sin poder encontrarte,
dulce sombra vacía!

JULIO GARCES

